

Desmenuzando unos textos empapados de vida

El Pentecostés histórico

Pentecostés, conocida en la tradición judía como la "**Fiesta de las Semanas**", se encuentra profundamente vinculada a la Pascua. En esta celebración, Israel reconoce la acción de Yavhé, que los liberó de la esclavitud en Egipto —Señor de la historia— para llevarlos a la tierra prometida —Señor de la creación—. Hasta la destrucción del Templo de Jerusalén, Pentecostés tenía un carácter agrícola: era una fiesta de primicias en la que el pueblo confesaba a Dios como **f fuente de vida en la tierra que mana leche y miel**. Sin embargo, con la desaparición del Templo, la celebración perdió su dimensión agraria y adquirió un significado más profundo: el don de la Ley.

El **Éxodo** no solo fue una salida de la opresión, sino una preparación para el Sinaí, donde Dios entregó a su pueblo los **Diez Mandamientos**. La verdadera tierra prometida no será solo Canaán, sino la existencia misma regida por la Palabra de Dios, el verdadero **camino de la vida** (cf. Salmo 16:11). Así, en esta fiesta, Israel no solo recordaba su liberación, sino también la revelación divina que les daba identidad y libertad duradera.

El Pentecostés cristiano

En la plenitud de los tiempos, Pentecostés adquiere un significado aún mayor. Cristo, "**por medio del cual fueron creadas todas las cosas y todo se mantiene en él**" (cf. Colosenses 1:16-17), cumple la promesa de Dios enviando el **Espíritu Santo**. En el

Evangelio de Juan, desde el capítulo 13 hasta el 17, Jesús anuncia su partida y la venida del **Paráclito**. Su marcha no es abandono, sino transformación: el Espíritu Santo será el que mantendrá viva su enseñanza en el corazón de los creyentes.



Este Espíritu no solo recuerda, sino que **reaviva** las palabras y los gestos del Maestro. Su presencia es el regalo supremo del Padre, el don perfecto que desciende desde lo alto para alcanzar a la humanidad (cf. Santiago 1:17). Es el **Espíritu de humildad y verdad** (cf. Juan 16:7), el que guía, ilumina y transforma.

La humildad del Espíritu y el cristiano

La **humildad** del Espíritu Santo es infinita. Como intuía el Maestro Eckhart (siglo XIII), la humildad brota de las profundidades de Dios mismo. El Espíritu sirve a la **Encarnación** sin encarnarse, actúa como enviado sin ser el que envía, y es el **don** sin ser el dador. Nunca dice "**yo**", y sin embargo, el Padre y el Hijo hablan a través de él.

Esta misma humildad es la que transforma a los creyentes. San Mateo describe a Jesús como compasivo, discreto, manso y humilde de corazón (cf. Mateo 12:15-21), imagen del Mesías profetizado en Isaías

(cf. Isaías 42:1-3). Su humildad no es debilidad, sino fortaleza en Dios, fuente de **paz, amor y entrega absoluta**.

El Espíritu Santo: Maestro de la Verdad

A diferencia del adversario, que "**cuando miente, habla de lo suyo, porque es mentiroso**" (cf. Juan 8:44), el Espíritu no habla de sí mismo, sino que toma lo que es de Cristo y nos lo anuncia (cf. Juan 16:14). Su humildad es el secreto de la **sabiduría verdadera**, y en ella encontramos el camino a una vida radicalmente entregada a Dios en Cristo. El Espíritu Santo no solo nos guía, sino que **suscita en nosotros la Palabra**, el amor que es Jesús (cf. Himno *Veni Creator*). En este día se nos recuerda que la verdadera libertad no está en un lugar geográfico, sino en vivir según la alianza y la Palabra.

Dejándonos guiar por el silencio del Espíritu

En el hoy de cada día seguimos caminando en la luz del Espíritu, que se manifiesta en el silencio de la oración, en la paz interior y en la humildad de quien se abandona a Dios. Como decía Santa Teresa de Jesús, "**Dios habla en el silencio del alma**", de ahí que -el silencio- no sea ausencia, sino un espacio donde el Espíritu actúa, ilumina y transforma. En la tradición cristiana -el silencio- es el lugar donde Dios habla al corazón, donde la verdad se revela sin ruido y donde el alma se dispone a recibir la gracia del cielo





Un salmo para rumiar

Sal 103, 1ab y 2-4ac. 29bc- 30. 31 y 34

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Cuántas son tus obras, Señor;
la tierra está llena de tus criaturas.
Les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.
Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
Que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

El Salmo 104 (103) se enmarca dentro de los salmos de alabanza y creación, destacando la grandeza de Dios como Creador y Sustentador del universo. Su estructura y contenido reflejan una profunda conexión con el relato de la creación en Génesis 1, mostrando cómo Dios ordena el cosmos y provee para todas sus criaturas.

El salmo sigue un esquema similar al relato de la creación, mencionando la luz, los cielos, la tierra, el agua, los animales y el ser humano.

Resalta la sabiduría y el poder de Dios, quien establece el orden del mundo y lo mantiene en armonía.

Dios no solo crea, sino que provee alimento y sustento a todas las criaturas.

Se enfatiza la dependencia de la creación en Dios: "Todos esperan de ti que les des la comida a su tiempo" (Sal 104,27).

En el día de Pentecostés, se utiliza este estribillo: "Envías tu Espíritu y los creas, y renuevas la faz de la tierra" (Sal 104,30).

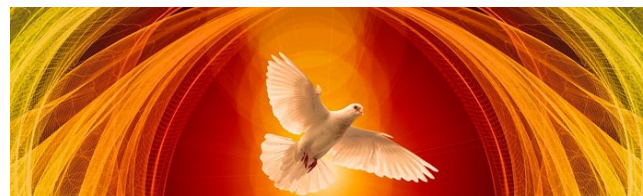
Este versículo muestra la acción del Espíritu Santo como fuente de vida y renovación, vinculándolo con la obra creadora de Dios.

Concluye con una llamada a la adoración y entrega: "Cantaré al Señor mientras viva, alabaré a mi Dios mientras exista" (Sal 104,33). Es una invitación a reconocer la presencia de Dios en lo creado y a vivir con gratitud.

Es todo él una meditación poética sobre la creación, que nos recuerda que todo lo existente depende de Dios, y que su Espíritu sigue actuando para renovar en ella la vida.

Los Padres de la Iglesia han interpretado este salmo en relación con la acción del Espíritu Santo en la creación y en la vida del creyente. Nos fijamos en:

- San Gregorio Palamás destaca que el Espíritu Santo es fuego que ilumina y purifica, como se manifiesta en Pentecostés.
- San Juan Crisóstomo señala que el Espíritu Santo descendió sobre la humanidad para reconciliarla con Dios, cumpliendo la promesa de Cristo.
- Nicolás Kabásilas explica que el Espíritu Santo revisió de poder a los apóstoles, permitiéndoles proclamar el Evangelio con valentía.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

DOMINGO DE PENTECOSTÉS "C"

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Hechos de los apóstoles 2, 1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar... Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse... y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

Juan 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».